Libros que ayudan a entender el mundo

Claves Contemporáneas 360º

Régis Debray

Elogio de las fronteras

«La frontera es un nuevo espacio de combate intelectual: la demarcación y el límite son condiciones necesarias para la civilización.»

gedisa editorial

Libros que ayudan a entender el mundo

Claves Contemporáneas 360º

Régis Debray

Elogio de las fronteras

«La frontera es un nuevo espacio de combate intelectual: la demarcación y el límite son condiciones necesarias para la civilización.»

gedisa editorial

Régis Debray

ELOGIO DE LAS FRONTERAS

La nueva razón del mundo
Ensayo sobre la sociedad liberal
Christian Laval y Pierre Dardot

Autodeterminación y secesión
Allen Buchanan, David Copp,
George Fletcher y Henry Shue

Nacionalismo: a favor y en contra
Jeff McMahan, Thomas Hurka,
Judith Lichtenberg y Stephen Nathanson

Común
Ensayo sobre la revolución en el siglo XXI
Christian Laval y Pierre Dardot

¿Tiene porvenir el socialismo?
Mario Bunge y Carlos Bagetta (comps.)

Pensar la mezcla
Un relato intercultural
Yolanda Onghena

ELOGIO DE LAS FRONTERAS

Régis Debray

gedisa
editorial

Título original en francés:

Éloge des frontières

© Editions Gallimard, 2010

© De la traducción: Dylan Debris-Oliva y José Antonio Vila

Diseño de cubierta: Juan Pablo Venditti

Corrección: Rosa Rodríguez Herranz

Primera edición: mayo de 2016, Barcelona

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© Editorial Gedisa, S.A.

Avda. Tibidabo, 12, 3º

08022 Barcelona (España)

Tel. 93 253 09 04

Correo electrónico: gedisa@gedisa.com

http://www.gedisa.com

Preimpresión:

Editor Service S.L.

Diagonal 299, entresol 1ª – 08013 Barcelona

http://www.editorservice.net

ISBN: 978-84-16572-52-6

Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o en cualquier otro idioma.

Índice

I A contrapelo

II En el principio era la piel

III Nidos y nichos, el retorno

IV Cierres y portales, el ascenso

V La ley de separación

Este libro recoge el texto de una conferencia pronunciada en la Casa Franco-Japonesa de Tokio el 23 de marzo de 2010. El texto se hace eco del seminario que organizó la revista Medium en la Fondation des Treilles en febrero de 2010, cuyas actas fueron reproducidas en el número 24-25 de la misma publicación y que llevó por título «Fronteras».

«El dios Término se erige en guardián de la entrada del mundo. Autoeliminación: tal es la condición de entrada. Nada se realiza sin realizarse como un ser determinado. La especie en su plenitud encarnándose en una individualidad única sería un milagro absoluto, una supresión arbitraria de todas las leyes y de todos los principios de la realidad. Sería, de hecho, el fin del mundo.»

Ludwing Feuerbach, Contribución a la crítica de la filosofía de Hegel, 1839.

I

A contrapelo

Una idea tonta encanta a Occidente: la humanidad no va bien, y estaría mejor sin fronteras. Además, nuestro Diccionario de lugares comunes (última edición)[1] añade: la democracia nos conduce directamente a ello, a ese mundo sin afuera ni adentro. Sin problemas. Fijaos en Berlín. Había un muro. Ya no lo hay. Prueba de que la Red, los paraísos fiscales, los ciberataques, las nubes volcánicas y el efecto invernadero están a punto de despachar nuestras aduanas —con sus viejitas barreras rojas y blancas— al ecomuseo, junto con el arado, la bourrée[2] y el reloj de cuco suizo. De igual forma, todo aquel que, en nuestra pequeña punta de Asia, se encuentra en una situación boyante —reporteros, médicos, futbolistas, banqueros, payasos, entrenadores, abogados financieros y veterinarios— hace ostentación de la etiqueta «sin fronteras». No daríamos un duro por las profesiones y las asociaciones que en su tarjeta de presentación olvidaran poner ese «¡Ábrete, Sésamo!» de las simpatías y las subvenciones. Y mañana habrá «Aduaneros sin fronteras».

Si el espejismo fuera vivificante, presto a que nos hirviera la sangre, a que nos arrojáramos a los caminos al alba, con los muslos estremecidos, tendríamos que consentir en ello de buen grado. Entre una inepcia que airea o una verdad que marchita, ¡quién dudaría! Desde hace cien mil años enterramos a nuestros amados muertos confiando en que lleguen rápido al paraíso; es un hecho demostrado que un trampantojo tan alentador no puede rechazarse. Para enfrentarse a la nada, la especie siempre ha elegido el bando correcto, el de la ilusión. Si nos alzamos contra ella es porque, bajo sus apariencias medio scout, medio vivales, medio evangélicas, medio libertarias, nos promete una bocanada de aire fresco pero nos garantiza una ratonera.

Dicho esto, no vayáis a creer que he venido a Tokio para hacer la alabanza del plato típico del país, un patrimonio en peligro de extinción. Es un francés, lo confieso, quien está ante vosotros, y mi redil debe a sus debilidades fronterizas un gusto antiguo por los espacios «en blanco» de los viejos atlas —en el Sahara, en Oriente Próximo o en la península de Indochina— e incluso, hasta ayer, a una cierta pericia técnica para trazar las líneas sin consultar a las poblaciones. Esta manía colonizadora pertenece felizmente al pasado. Se sacaba de la chistera un «suelo sagrado de la patria» difícil de santificar, pese a poseer lo que antaño se llamaba en nuestro Hexágono fronteras naturales, aquellas de las que carecía a nuestros ojos el enemigo hereditario, el germano. Un archipiélago como el vuestro os salva de las ansiedades de lo limítrofe: sus entrantes y salientes no llevan las huellas de sus combates, sino las del capricho de sus costas. Aunque seguís teniendo Kuriles[3] pendientes o islotes contestados, las grandes islas como Japón o Inglaterra, rodeadas por lo azul, se ven menos amenazadas por el despedazamiento que los países continentales —como Alemania, China, Rusia, Polonia—, circundadas por superficies indefinidas. A esa lista sumadle Francia. Nuestra República no se proclamaría «una e indivisible» si no conservara una difuminada obsesión por las intrusiones y fragmentaciones del pasado. La partición afecta a Irlanda y a Chipre, pero a vosotros la insularidad os da un fondo de homogeneidad. No se trata aquí de hablar de pertenencia o de morriña nacional: el planisferio traza el trazo. Édouard Glissant, el poeta del temblor y de la relación, de origen martiniqués, y caribeño de vocación, tiene por costumbre oponer al pensamiento sistemático que genera el corsé continental «la propensión archipélica[4] que sostiene lo diverso del mundo». Ojalá vuestro rosario de islas me ayude a defender la causa desprestigiada de los linderos y de los confines, tal vez exótica para vosotros, pero familiar en Europa… la de los antiguos parapetos.

«Somos un país sin fronteras» me dijo uno de vosotros, no sin una pizca de orgullo. Claudel os ha hecho justicia: «Japoneses, érais demasiado felices en vuestro jardincito cerrado…». Eso era antes de que salierais de él, salvajemente, para conquistar Asia, y de que, en cambio, os castigaran, salvajemente, en 1945. Pero aquel Edén reducido a cenizas, supisteis, costosamente, reconstituirlo en espíritu después de Hiroshima. Pedisteis prestado al Extremo

Occidente algo con lo que hacer un Extremo Oriente moderno, pero que no fuera wéstern. Ignoro si es una alabanza, pero no se me ocurre alguien más experto en el arte de cribar y clasificar lo indiscriminado que un japonés de hoy en día; tanto es así que no necesitáis alambre de espino, ni cupos o censura para filtrar los aportes nutritivos de la alta mar: vuestros pescados crudos, vuestros caracteres de escritura, vuestras calles sin nombre, vuestros lazos religiosos, vuestros kimonos, todo eso teje, bajo la superficie de una ultramodernidad desacomplejada, una red de finas mallas sorprendentemente resistentes.

Por mi parte, vengo de una tierra firme, arrugada por la historia, de una Europa cansada de haber estado en la brecha durante demasiado tiempo, que piensa en las próximas vacaciones y que sueña con una sociedad de servicios. Sus oficiales quieren de todo corazón borrar sus fronteras lingüísticas bajo un idioma único, el globish,[5] que sólo tiene de inglés el nombre. Nuestra Eurolandia, capital Bruselas, ha repudiado oficialmente el antiguo «concierto de las naciones», del cual surgieron, curiosamente, todo tipo de discordancias y notas en falso. Se asombra de que el griego y el sueco no se parezcan, ni el lituano y el italiano, algo que cada nueva crisis le recuerda a su pesar. Renunciar a uno mismo es una tarea bastante inútil: para superarse, más vale empezar por divertirse. Es en Norteamérica, mínimo de diversidad para un máximo de espacio, donde las calles están numeradas. En Europa llevan nombres. Por un hecho venturoso, que sin duda hemos pagado caro, a Europa le ha caído en suerte un máximo de diversidad en un mínimo de espacio. Lo que en general permite alcanzar el summum de la civilización (pero no la garantiza, prueba de ello son nuestras guerras civiles), como lo demuestra la Italia del Renacimiento, con sus rivalidades entre municipios que podían caber en un bolsillo. De ahí nació un finisterre de puntillas, con noventa tajos extendiéndose sobre 250.000 km lineales. Sólo la mitad de ellos siguen la línea de partición de las aguas, ríos, afluentes y montañas. Sin razón se las llamó «naturales». Relieves y corrientes de agua tienen un poder de incitación, de sugestión, pero sólo pueden elevarse a la dignidad de fronteras por un acto de inscripción solemne, el único capaz de transmutar un accidente geográfico en una norma jurídica. De la misma manera que «el mapa es una proyección mental antes de ser una imagen de la

tierra» (Christian Jacob), la frontera es antes que nada una cuestión intelectual y moral. Los demás animales se anexionan un territorio propio por interposición de su huella, olfativa o auditiva. Límite movedizo y borroso, con vaivén estacional de acuerdo a las relaciones de fuerza entre especies y poblaciones. A nosotros nos corresponde instituirlo: ponemos señales, erigimos emblemas. El mamífero ansioso construye su hábitat en la biosfera, su porción de cultura en la naturaleza mediante símbolos. No orina, tampoco defeca ni gorjea, sino que dibuja un trazo sobre un pergamino o esgrime una carta de derechos, invocando a Júpiter o al Tribunal Supremo. Adivináis entonces por qué, con semejantes antecedentes penales, la alegoría del puente funciona como leitmotiv en los billetes de euro. Este signo monetario, pictograma ético, este billete de Monopoly tiene una única razón de ser: es un signo de expiación. Ocultad, puentes colgantes sobre el vacío, estas fronteras que no podré ver.[6]

Todo hijo de vecino es consciente del giro que supuso para la aventura del género aquella revolución neolítica al cuadrado a la que debemos la invención de lo numérico. El gran balancín ubicuo, unido a las mareas negras, las ráfagas bursátiles y las pandemias relámpago, le otorgan un aire de antigüedad a las parcelas del Viejo Mundo, mientras que el tsunami del mainstream, por lo visto, arrastra nuestros diques chiquitines. ¿Es esa razón suficiente para convertirse en un hombre con prejuicios antes que en un hombre con paradojas? No lo creo. El Sol Naciente nos dio un Elogio de la sombra, firmado por Tanizaki. Permitidme un elogio de la frontera procedente del poniente, donde todo lo que pesa e incumbe ya no habla más que de cross over y de open up.

Es penoso tener que reconocer el mundo tal como es, pero agradable soñarlo tal como lo deseamos. Todos preferimos el Valium a la angustia, de ahí nuestra inclinación por el borderless world, aquella canción de cuna para los niños viejos y mimados que somos. Lo interpretaría gustosamente como una fuga hacia delante, un sueño con los ojos abiertos que, como su hermano mayor nocturno, apunta a satisfacer un deseo frustrado cuyo origen no es sexual, sino religioso: el milenio antes de tiempo. Deseamos un planeta liso, despojado del otro, sin enfrentamientos, regresado a la inocencia y la paz de su primera aurora, igual que la túnica sin

costuras de Cristo. Una Tierra a la que le han practicado un lifting, todas sus cicatrices borradas, en la que el Mal habría desaparecido milagrosamente. Las nubes atómicas van en la misma dirección: se mofan de Terminus, el dios de los confines, a quien Roma rendía culto en el Capitolio, en pleno centro de la ciudad, y en nombre del cual se colocaba un busto que marcaba el límite de sus dominios. Al virus VIH-1 también le trae sin cuidado. Es un hecho. También existe otro, concomitante del primero: nunca se han marcado en el suelo tantas fronteras como en el curso de los últimos cincuenta años. 27.000 km de nuevas fronteras han sido delineados desde 1991, especialmente en Europa y en Eurasia. Otros 10.000 de muros, barreras y vallas sofisticadas están previstos para los próximos años. Entre 2009 y 2010, el geopolítico Michel Foucher ha podido enumerar 26 casos de conflictos fronterizos graves entre Estados. Lo real es lo que nos opone resistencia y se burla de nuestros castillos en el aire. ¡Qué fósil obsceno, la frontera, pero cómo sigue agitándose, como un diablillo! Le saca la lengua a Google Earth y abre la caja de los truenos: los Balcanes, Asia Central, el Cáucaso, el Cuerno de África, y hasta en la apacible Bélgica.

El espíritu fuerte de mi cantón se cree muy avanzando porque que ha sustituido el «¡hurra por los Urales!» por un «¡viva la ciudad-mundo!». Me temo que eso no se vea retrasado por un retorno de lo reprimido. Se droga con lo light, entona cantos al vagabundeo y a la nueva movilidad planetaria, sólo se enardece con lo trans y lo inter, idealiza lo nómada y lo pirata, alaba lo liso y lo líquido, en el momento mismo en que de nuevo aparecen, en el centro de Europa, unas líneas divisorias heredadas de la Antigüedad romana o de la Edad Media donde, en el umbral de su puerta, unos anodinos límites regionales se reivindican como fronteras nacionales. Que cada cual exalte la apertura, mientras la industria de la barrera (sensores térmicos y sistemas electrónicos) aumenta exageradamente el volumen de su negocio. Only one world canturrea el showbiz, y en la ONU, desde el momento de su creación, se ha multiplicado por cuatro el número de Estados miembros. El horizonte del consumidor se dilata, el de los electores se repliega sobre sí mismo. Mientras que el mantra de la desterritorialización resuena como la palabra, aunque difícil de pronunciar, clave en nuestros coloquios, el derecho internacional

territorializa el mar —antaño res nullius— en tres zonas distintas (aguas territoriales, zona contigua y zona económica exclusiva). La economía se globaliza, lo político se provincializa. Con el móvil, el GPS e Internet, los antípodas se convierten en mi vecindario, pero los vecinos del township sacan los cuchillos y se matan entre ellos con mayor ensañamiento. ¡Menuda diferencia! Pocas veces se habrá visto, en la larga historia de las credulidades occidentales, semejante hiato entre nuestro estado mental y el estado de las cosas. Entre lo que consideramos deseable y lo realmente existente. Entre lo que se dice en el seno de la Internacional universitaria de los pensadores euroamericanos, pobre sustituto de las desaparecidas Internacionales obreras, y lo que hace estragos en la arena planetaria. Había refugios antiatómicos después de la guerra en Estados Unidos. La intelligentzia posnacional, mal llamada crítica y radical, con sus teóricos de gran saber pero poca experiencia, nos ofrece refugios antirealidad. Intentemos ser radicales: pero yendo a la raíz. ¿De qué realidad queremos resguardarnos huyendo hacia el wishful thinking, blandiendo esa palabra-fetiche, esa cómoda coartada que nos dispensa de querer las consecuencias de lo que queremos, la diversidad? De una realidad testaruda que nos da un bofetón cada vez que olvidamos la recomendación vanguardista de Giuseppe Verdi: «Tornate all'Antico, sará un progresso».[7] De algo tan absurdo como necesario, e insumergible, que lleva por nombre frontera.

Notas:

1. N. de los T.: se refiere al conocido Dictionnaire des idées reçues, de Gustave Flaubert. Traducido al castellano como Diccionario de lugares comunes, Diccionario de ideas recibidas, Diccionario de tópicos o Diccionario de prejuicios.

2. N. de los T.: baile folclórico auvernés. El esquema rítmico de la bourrée sería utilizado por Johann Sebastian Bach en su famosa composición Bourrée en mi menor.

3. N. de los T.: archipiélagos de islotes volcánicos de unos 1.200

kilómetros de extensión al norte de Japón que tradicionalmente ha sido objeto de tratos y negociaciones entre los gobiernos ruso y japonés; las islas Kuriles se encuentran actualmente bajo control ruso.

4. N. de los T.: «Propension archipélique» en el texto original, neologismo del propio Édouard Glissant.

5. N. de los T.: neologismo propuesto por Jean-Paul Nerrière, antiguo presidente de IBM, a partir de las palabras global y english, que implica un uso muy rudimentario y simplificado del inglés entre personas que no son hablantes nativos de esta lengua.

6. N. de los T.: referencia a la cita del Tartufo de Molière: «Cachez-moi ce sein que je ne saurais voir». Fórmula que viene a simbolizar o condensar el carácter hipócrita y el doblez del personaje grotesco de Tartufo, que acaba siendo una caricatura de sí mismo.

7. «Volved a lo Antiguo, será un progreso».

II

En el principio era la piel

El intempestivo que desbarata los programas es tan viejo como Caín, notorio asesino y primer constructor de ciudades. No regresaría con tanta insistencia si no formara parte de la naturaleza de las cosas, de una ley de organización que la experiencia revela, ay, como infrangible. ¿Cómo establecer una genealogía? ¿Cómo organizar el caos? ¿Cómo configurar un emplazamiento a partir de un terreno vago? Trazando una línea. Separando el adentro del afuera. Autorizando lo prohibido. El embrujo de la frontera no tiene edad porque no hay infinitas maneras de hacer un todo ordenado a partir de un montón de cosas. Y nuestras leyendas fundacionales, el Antiguo Testamento, la Ilíada o la Eneida, lo anuncian sin preámbulos, ese gesto desagradable e inaugural de delimitar un territorio. Políticamente incorrecto, moralmente antipático, pero inevitable para escapar al puro azar. Fue así como el ser supremo, encerrado en un tetragrama impronunciable, puso fin al alboroto: «Dios separó la luz de las tinieblas: primer día. Y separó las aguas de las aguas: segundo día. Que las aguas de debajo del cielo se junten en un solo sitio. Dios llamó “tierra” a los continentes; y a la masa de las aguas la llamó “mar”. Y vio Dios que era bueno» (Gn 1). Para extraer un cosmos de la sopa primitiva, el buen Dios, con una descarga de rayo o con un tajo de bisturí, desune lo que estaba unido: como un auténtico pequeño diablo (el que divide, en griego). Sin este acto de fuerza, diabólico, no hay acceso a lo simbólico. De la profundidad extrajo una forma para formar lo indiferenciado. A continuación (Gn 2), como un trabajador compulsivo, Elohim vuelve a la carga: creó a Eva arrancando una costilla del cuerpo de Adán. Como Zeus partió en dos al andrógino primigenio para crear al hombre y a la mujer. El gesto distintivo del creador —sea Dios, Miguel Ángel o Einstein— consiste en sustraer en lugar de añadir. Pertenece al arte di levare, la escultura, el arte de quitar, y no al arte di porre, la pintura, el arte de poner. La grandeza de sus

comienzos reside en su franqueza. Estas cosmogonías míticas, ligadas a esa idea tan occidental de la creación ex nihilio, no se andan por las ramas. El desgarrón. El crac inicial. La hendidura que separa las aguas. La misma que encontramos, después de la invención de la escritura, en las crónicas de las grandes divisiones históricas, del ellos y el nosotros, lo humano y lo inhumano, lo bárbaro y lo civilizado: una decisión demasiado importante como para confiársela a unos simples jefes de pandilla. Son siempre los sacerdotes quienes fijan la frontera. O los jueces, nuestros sacerdotes laicos. Antaño los reyes se ocupaban también de este asunto mientras nos curaban de la escrófula.[8] En 1494, le correspondió hacerlo al Santo Padre, soberano de soberanos; cortar, mediante el Tratado de Tordesillas, la parte de las Indias Occidentales que pertenecían a la corona portuguesa y aquella que volvía a pertenecer a España. Cuando la cosa no es evidente, hay que recurrir a lo trascendente. Incluso hoy en día, más vale, cuando se trata del canal de Beagle o del Adriático, recurrir al Tribunal de La Haya o al sucesor de san Pedro antes que votar en asamblea y tomar la decisión por mayoría simple. El árbitro supremo permite lo arbitrario. Silencio entre las filas.

Así fue en Roma, ciudad de ciudades. Primer acto: Rómulo cogió un arado y cavó la línea del pomerium, delimitación sagrada e inviolable del Palatino. Su hermano Remo pagará con su vida la transgresión. Así son nuestras raíces. «Sagrado», en francés, proviene del latín sancire: delimitar, cercar, prohibir. Lo mismo pasa con «santuario». La palabra latina templum (el espacio que delimita en el aire el bastón del augurio) remite al griego temnein, que significa «recortar». Lo que está enfrente del recinto reservado al culto es el pro-fanum, lo profano: estigma espacial que anuncia otros. Como vemos, es gracias a la frontera que lo político se une a lo religioso, y lo actual a lo inmemorial. Ascendencia fatal: el rex tiene una primera función, propiamente sacerdotal, que consiste en regere fines, trazar el perímetro en el interior del cual no podrá hacerse cualquier cosa ni podrá hacerla cualquiera. De ésta no salimos. Esos dioses y esos héroes actuaron a conciencia. La antigua Roma duró un milenio. Quienes se rebajen a hacer vida en común, hic et nunc, pueden inspirarse en ella y decidir quién hace qué, dónde y cuándo. Atendamos al mapa y al organigrama. Decretos de atribución, repartición de bienes, cuotas. Un buen croquis vale más

que un discurso largo.

En la civilización latina, los muros y las puertas de la ciudad eran considerados res sanctae, cosas sagradas. Hasta los más materialistas, quienes deberían desmitificar una noción falsamente confusa, continúan practicándola, libremente y por su propia voluntad. ¿Acaso János Kádár, el último dirigente comunista de Hungría, un muchacho sólido que no tenía nada de taumaturgo, no paseó un día la mano derecha de san Esteban I, reliquia del rey fundador (en otros casos se trata del jefe fundador), a lo largo de las fronteras de su país para volverlas inviolables? Por otra parte, en Europa, los malos espíritus se ahuyentan con el icono o con la cruz. Brujería continuada. Como si no pudiéramos apropiarnos de la corteza terrestre sin que los amos del rito le otorguen un valor sacramental. Consagramos algo (acusativo) dedicándoselo a alguien (dativo). Como si hubiera que encomendarse a para permanecer dentro. Sin ventanas ni ventanales, los templos masónicos tienen por bóveda un firmamento de estrellas de oro. Cada vez que un paseante desea que un poco de sí mismo lo sobreviva, alza los ojos hacia algún punto sublime: Moisés, «el gran arquitecto», Jesús, de Gaulle, Lincoln o Buda. No mantendrá durante mucho tiempo los pies en el suelo quien no haya tenido algún día una parte de su cabeza en las nubes.

Todas las fuentes de lo vivo están teñidas de ambigüedad: son atractivas y asquerosas. Sagradas, tienen un pie en la excreción y el otro en la generación. Ambivalente también es la frontera. «Sublime y maldita», como decía Lu Xun en su país —China—, de la gran muralla. La frontera inhibe la violencia y puede justificarla. Sella la paz y desencadena la guerra. Humilla y libera. Disocia y reúne. Como el río, que al tiempo une y separa: el Rin, el Amur o el Danubio. Limen, de donde vienen nuestros liminar y nuestros preliminares, es a la vez el umbral y la barrera, como limes designa el camino y su límite. Jano, dios del paso, tiene dos caras. Y tanta razón tenía nuestro nacionalista exaltando la línea azul de los Vosgos como nuestros socialistas temiéndola.[9] Sólo hay una constante en esta materia eminentemente reversible y es el grado de sacralidad en relación al grado de cerrazón. Profanamos una tumba cuando la abrimos, un santuario cuando lo forzamos. La idea de separación, que sirve de punto en común en las etimologías —la

raíz q en hebreo (qadosh) o h en árabe (haram)— la atestigua nuestra arquitectura, civil y religiosa, donde lo sacrosanto está siempre cubierto, en parte o más secretamente. «Embudo semántico», dicen los doctos con desprecio, y no lo dicen sin razón. De hecho, todas estas cuencas fluviales convergen en la idea de santidad o de salud; pero ¿para qué distinguir si el cuerpo y el alma se salvan conjuntamente? Sacralidad, seguridad. Abramos un diccionario latín-francés en la palabra salvare: a) curar; b) salvar; c) conservar. Jesús nuestro salvador: la tarjeta sanitaria del cristiano. Su bautismo: un boleto de tómbola para la vida eterna. Y la hostia, que es el cuerpo de Cristo, está encerrada entre los muros de una lúnula de cristal y, al encerrarla en un tabernáculo, se sustrae a la vista de los fieles, salvo durante la celebración del Corpus Christi.

La mayor parte de los pueblos —y hablo de aquellos que conservan su alma, o su mordiente, lo mismo da— mantienen con sus límites una relación emocional y prácticamente sagrada. Privemos a esta última palabra de su nebulosidad problemática. Despidámonos de lo inefable y de lo insondable. Pongámonos las gafas. Lo sagrado es lo tangible y sólido. Es duro porque está hecho para durar. Visible para el ojo desnudo, sensible tanto para el pie como para la mano. Este sagrado, laico o religioso —panteón, catedral o mausoleo—, aparece en cuanto empezamos a hablar de grado, palizada, barandilla, peldaño, peristilo, pórtico, patio, parapeto. En una aglomeración urbana, un lugar sagrado —cuyo ejemplo perfecto sería vuestro palacio imperial, en el centro de Tokio, con sus fosos y murallas— desbarata la promiscuidad de lo profano gracias a un patio exterior, una explanada o un portal, un vacío intermediario y protector. La planificación del espacio y el desarrollo sostenible no son sino una misma cosa. Con una doble función: aislar, como el día festivo separa lo banal de lo extraordinario, y concentrar, en un lugar consagrado, las miradas y los sueños. Es una manera de oponerse al desgaste del tiempo con el fin de que nuestro nosotros no se vaya al garete. Una vez entendido que el lugar apartado tiene dos rostros, el mandato de Jano es el siguiente: está el paraíso (del avéstico pairidaiza, el jardín cerrado), lugar de delicias; y está el sótano, lugar de suplicios. El claustro del benedictino, que al entrar hizo voto de estabilidad, y la mancebía, donde las monjitas del sexo son forzadas a las mismas obligaciones (a diferencia de las chicas alegres, sin parroquia propia). La ambivalencia es fundamental,

pero que la muerte sea la corona de toda vida no es razón para suicidarse. La sacralización llama a la vida. Es el acto reflejo de un instinto de conservación ante el riesgo de la no permanencia. Lo que lo convierte en un acto inflexible y paradójicamente asesino desde el momento en que se apodera de una lucha política. Al no pertenecer al orden de lo cuantitativo, y por lo tanto de lo negociable, lo sagrado suscita extremismos. Cuando una comunidad pelea para salvar el pellejo —muro, mezquita o tumba del ancestro —, no escatima recursos: es una lucha a muerte, porque lo que está en juego ya no es lo que tiene sino lo que es.

¿Para qué sacralizar, cuando todo hoy en día, incluso la religión, parece desacralizado? Mantener a cubierto un stock de memoria. Salvaguardar lo excepcional de un lugar y, mediante eso, la singularidad de un pueblo. Introducir una cuña de «lo incambiable» en la sociedad de lo intercambiable, una forma intemporal en un tiempo volátil, lo que no tiene precio en el todo-es-mercancía. La sacralidad otorgada al cuerpo humano impide que se convierta en una cosa, un producto como cualquier otro. Y que se subasten corazones, riñones e hígados en un biomercado especulativo, para el trasplante de órganos al mejor postor.

Esto es lo que ilumina nuestro nexo inmemorial con la penumbra. Hipogeos, criptas, sepulcros, catacumbas, cuevas: lo cóncavo, lo oscuro y lo sacramental están vinculados desde Lascaux. La regla actual de la apertura de todo a todos violenta el secreto de los confesionarios tanto como el de los cuartos de baño. Hay que hacer la luz. La sociedad del acceso criminaliza lo arcano y lo opaco. Lo que no evita que no pueda romper un hilo de oro varias veces milenario. Como el altar de los ancestros en la choza africana está ubicada en el lugar más oscuro, y no cerca de la puerta, como la espina, el prepucio o la santa sangre que se ponen en el fondo de la cripta, el sarcófago está en el subsuelo, y el tabernáculo en un punto elevado, fuera del alcance. Lo que para nosotros, hijos de Clovis y de Robespierre, es lo más sagrado de nuestra herencia —la Carta de Childeberto, matriz de cobre de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, testamento de Napoleón— permanece encerrado en París, en un armario blindado, detrás de una puerta de acero que raramente se abre, en el Hôtel de Rohan, sede de los Archivos Nacionales. Nuestros archivistas-paleógrafos,

que ya no tienen que recubrir de plomo los huesos de los reyes, continúan sabiendo cómo transformar en reliquia un trozo de papiro y en tesoro un colgajo de tejido. Engarzamos o embolsamos, encadenamos —o sellamos—, colgamos sobre la puerta «prohibido el paso», y nos vamos, con la llave.

Ciertamente, no hay excepción francesa al respecto, sino en los atavíos y el vocabulario. Me guardaría mucho de alabar nuestras antemurallas, matacanes y contraescarpas; nuestras empalizadas de troncos y nuestros setos; nuestros fosos, nuestras barricadas, nuestros coros altos y nuestras balaustradas. Cada cultura tiene su estilo de valla, dos palabras que riman porque son sinónimas.[10] Y más bien me apetecería envidiar el vuestro. Habéis hecho del encajado y del embalaje tanto una industria como un arte, en los cuales, como decía Claudel, «nada se abre sino para volverse a cerrar». Delicados son vuestros intervalos, y cuidadas vuestras compartimentaciones. Vuestros shôji de puertas correderas, hechos de papel y de bosquecillos con formas rectangulares, modulan sutilmente, en vuestros interiores, lo opaco y lo translúcido. Vuestro tokonoma, la habitación donde se pone el bonsái, no es un cuarto como otro cualquiera. Vuestros santuarios shintô, donde residen los kamis, se abrigan detrás de altos montes, como entradas en hilera solemnizadas mediante pórticos, los torii. Vuestros jardines-microcosmos son haïkus vegetalizados. Vuestros breves poemas devuelven al hombre a la naturaleza; vuestros escalones de vegetación vuelven a llevarlo a la fuente. No miramos de lejos; nos sumergimos.

Para decirlo ingenuamente: allí donde está lo sagrado, hay una muralla y un embarazo,[11] y allí donde hay un embarazo, está la vida (la juventud engendra resistencia y los nazis mismos esperaban a que diera a luz para decapitarla). La coincidencia nos guía: se trata de conjurar los poderes de la muerte. El perímetro amputa, ciertamente, pero para mejor incrustar; y lo que un yo (o un nosotros) pierde en superficie, lo gana en duración. Además, es normal proteger lo circunscrito que nos protege; y que nos prolonga. La perpetuación de una persona, colectiva o individual, tiene un precio; el de una sensata humillación: la de no estar en casa en todas partes. El Hexágono amputa el ser francés, como vuestro archipiélago el ser japonés, pero este aprisionamiento

equivale a resistencia. De ahí la presencia, hasta en el último confín del Pacífico que haya alcanzado la independencia, de un lugar elevado central destinado a la invención y al mantenimiento de la memoria de lo que vendrá. La barrera metálica, así como el cordón policial que rodea la elevación testimonial, el túmulo, poste o árbol sagrado, son la expresión de un querer-vivir. No hablemos demasiado mal de las barandillas, los cordones de seguridad ni de las celosías de mashrabiya. «Lo más profundo que hay en el hombre», decía Valéry, «es la piel». La vida colectiva, como la de toda persona, exige una superficie de separación. Primero el embalaje. Después la profundidad, como la intendencia.

La materia no tiene ni alforja ni piel. Sólo la célula tiene una membrana. Las eucariotas hasta tienen dos, alrededor del núcleo y de la célula. La piel sería el órgano primordial de la epigénesis, el primero reconocible en el embrión. Dotándose de una capa aislante, cuyo papel no es impedir sino regular el intercambio entre un adentro y un afuera, es la manera en que un ser vivo puede formarse y crecer. No hay insecto sin queratina, ni árbol sin corteza, ni grano sin endocarpio, ni óvulo sin tegumento, ni tallo sin cutícula, etc. Un sistema vivo es una superficie replegada sobre ella misma, cuyo tipo ideal es la esfera, un ersatz en 3D, funda, vaina o concha. A esta cavidad amniótica volvemos todas las noches cuando nos deslizamos debajo del edredón, cerrando las escotillas. Sobrevivir es salvaguardar sus pliegues y repliegues. Para evitar la horizontalidad del cuerpo y de la imagen del cuerpo, la mortal, la enojosa superficie plana como la mano, sin interior ni exterior, ni mucosa entre los dos.

El éxito reproductivo de las pequeñas haciendas cuidadosamente tamizadas que llamamos culturas es de esta condición. Se entiende que velen por sus murallas o embarazos[12] como si fueran su seguro de vida. Porque se trata de sobrevivir. Asilo de los perseguidos, templo o embajada, ¿no es acaso el santuario, de ayer o de hoy, en Tebas o en Santiago de Chile, lo que nos salva el pellejo cuando la policía nos pisa los talones? ¿Y no es el más allá del creyente otra cosa que un más acá conjugado en un tiempo futuro? Regresar, después de la muerte, al seno de Abraham, el lugar de la paz y la felicidad ¿no es lo mismo que volver al regazo? Hemos caído afuera, como Adán y Eva cayeron del jardín primordial, en el frío,

la luz, los tormentos de la necesidad. Hay otros medios, más prosaicos, de volver a construirse un adentro. El fin de semana podemos salir a pasear a un parque nacional, el paraíso del pobre (parc, en francés antiguo, significa muralla, barrera). Ya no queda mucha gente que espere la Jerusalén celestial, provista de una muralla de jaspe de ciento cuarenta y cuatro codos y hendida por doce puertas (san Juan dixit). Nuestras búsquedas de abrigo son menos ambiciosas. El sueño, al que precisamente llamamos reparador, forma parte de ellas: cada noche, cuando apagamos la lámpara, regresamos a la matriz y tratamos de luchar contra la catástrofe que nos ha expulsado del cercado divino. Y hacemos bien. ¿Dónde estábamos mejor alimentados, albergados, calentados, lavados y protegidos que en esa casa de muñecas, esponjosa y fluida, en la que pasamos nuestros primeros ciento setenta días, célula en suspensión hidrostática, a la vez alimentadora y parachoques?

¿Es necesario ser más precisos? Interfaz polémica entre el organismo y el mundo exterior, la piel está tan lejos del telón hermético como la frontera digna de ese nombre lo está del muro. El muro impide el paso; la frontera lo regula. Decir de una frontera que es un colador es hacerle justicia: la frontera está ahí para filtrar. Un sistema vivo es un sistema termodinámico de intercambios con el medio terrestre, marítimo, social. Los poros hacen que la piel respire, como los puertos, las islas y los puentes, los ríos. Esta alternancia sístole/diástole, abierto/cerrado, puede ser la de los ciclos temporales: el archipiélago japonés ha alternado a lo largo de su historia, a partes iguales, siglos de cerrazón y siglos de apertura, cierre de los puertos en la época Tokugawa (1603-1867), apertura en la era de los Meiji (1868-1912). El mar, ambivalente, él también, a la vez muro y puerta, obstáculo para la acogida e incitación al intercambio, desempeña en este caso la función de tamiz, o válvula. Una buena estancia necesita días o fallas. Marcos de puertas y ventanas: poternas y aspilleras para las fortificaciones, laberintos que dan acceso a la cámara funeraria, cuello de útero para la concha materna. El arca de la alianza tiene su cubierta, como el ciborio su patena. Se retiran a voluntad. Cerrado en un cofre de madera, envuelto en una tela o un manto valioso, escondido detrás de una cortina, el Sefer Torah, el objeto más sagrado del culto sinagogal, es sacado para ser leído en fechas fijas. Y hasta en el

Templo de Jerusalén, el sanctasanctórum no se abría para el sumo sacerdote más que una vez al año. Como le sucedía al pequeño y ansioso Marcel, que se mordía las uñas en el salón como un levita en la antesala, en Combray, con la habitación-cripta de la tía Leónie.

Los cristales y los minerales no mueren, ése es un privilegio reservado a los vegetales y a los animales. La ventaja de la envoltura se paga con un ligero inconveniente, la muerte. Si hay una expresión que el mundo de lo vivo ignora es win/win, atrapabobos económico. Cuya traducción, en este caso, sería la expansión sin la pudrición. Cuando envejecemos, la capa córnea de la epidermis se vuelve callosa y se espesa: es la queratosis. Inexorable induración, pero siempre es preferible al despellejamiento.

Sin ir más lejos, aquí en Tokio, cuando veo cómo vuestros candidatos a la ebriedad se descalzan en el vestíbulo para dejar las impurezas a la puerta del establecimiento de venta de bebidas o del restaurante, o cómo os cubrís la boca, en la calle, con una máscara de gasa; cuando redescubro en Kioto vuestro arte del acurrucamiento y de la retirada; cuando leo a Augustin Berque, en Lo salvaje y África, cuando dice que en Japón «la nostalgia del país evoca intensamente la del retorno a la matriz, al trato maternal de la aldea y su envoltura casi fetal (el nombre familiar de aldea, fukuro, saco, bolsa, designa de la misma manera la comunidad de nacimiento y la madre)», no puedo evitar pensar que, más allá de preocupaciones higiénicas, y de la decadencia demográfica, no os acecha el nihilismo. Tánatos no vencerá a Eros. Si, de acuerdo con las palabras de Bichat, «la vida es el conjunto de funciones que resisten a la muerte», el vivir y el resguardo forman parte de ella, al igual que la invariabilidad reproductiva. Por otra parte, observo que el pasaje cubierto tiene la virtud de erotizar una ciudad, como nos lo han recordado dos escritores surrealistas evocando París y Nantes, pasaje de la Ópera o pasaje Pommeraye. «Pesadilla de orificios y de conductos secretos, sombríos, calurosos, que van a dar al laberinto visceral, escondrijos íntimos del vasto cuerpo urbano», para Julien Cracq; voluptuoso laberinto, para Aragon, donde el «glauco fulgor, de alguna forma abisal, que tiene algo de la repentina claridad de una pierna descubierta bajo una falda levantada».

A cada concreción de humanidad le corresponde su sellado, sus armas, digamos que su firma. De la estampa ukiyo-e a los mangas de autor, pasando por El imperio de los sentidos, el erotismo también forma parte de los sellos propios del Japón. Como el sumo, la ballena, el atún rojo y conducir por la izquierda. Cada cultura tiene su marca. Otras tienen la barba, la vaca sagrada, la foca en el plato, el estuche en el pene o el kombolói en el dedo índice. Lo que se le pide al detalle de vestimenta o de comportamiento extravagante, sin esmero, tanto se burla lo vivo de lo consciente, es que permita seguir haciendo caja. O más bien se le pide reparar el contratiempo, inflar la burbuja natal en peligro de aplanamiento,[13] via toda clase de fintas, de fastos menús mantenidos. Para no perder capacidad;[14] incluso cuando cambiamos de contenido a mitad de camino. Podemos dudar de que nuestros monjes y monjas católicos disfruten de la dicha del paraíso. Pero no del hecho de que el monasterio de Ligugé, fundado en el año 361, da aún resguardo a una comunidad. Esta longevidad sin par de nuestras órdenes e instituciones de vida consagrada debe mucho, sin duda, a la sombra y al misterio de los claustros, pequeños cuadrados en el centro de un laberinto. Y al mantenimiento por parte de cada orden de sus señas distintivas, cogulla de tal color y maitines a tal hora. No hay comunidad que no muestre sus distintivos de pertenencia como si fueran un amuleto de la suerte cuando el pronóstico vital está en juego, cuando un colono o un invasor quieren desfigurarla o disolverla. De la misma manera, la intangibilidad de las fronteras es como la santidad de los tratados (pacta sunt servanda). Esos talismanes jurídicos son otras tantas invocaciones destinadas a mantener a flote todo tipo de cosas, a saber: la desviación y el hundimiento, con el tiempo, de las convenciones pasadas.

La noción de frontera ha cambiado de sentido y de forma a través de los siglos, y evidentemente no podemos proyectar la frontera lineal de nuestros Estados-nación sobre los complejos confines de antaño. La frontera es tan poco unívoca que en cada lengua existe más de una palabra para referirse a ella (limes en latín, no es finis, como tampoco border, en inglés, simple límite entre dos Estados, es frontier, límite provisional entre un espacio civilizado y una zona bárbara que hay que conquistar). Las líneas-fronteras pueden ser franjas de tierra más o menos elásticas; y hay más de un régimen fronterizo en vigor. En Francia, la fijación de las fronteras lineales

continuas se remonta al paso del Estado feudal al Estado territorial. Flaco servicio nos hicieron. Hasta el siglo XVI, un rey de Francia no podía representarse con precisión, sin la ayuda de mapas, la extensión de su reino, y Luis XIV, que había aprendido geografía con los Comentarios a la guerra de las Galias de Julio César, no negociaba límites territoriales; hacía valer derechos dinásticos. Pero la delimitación distintiva es inflexible. Adivinando que la única manera de destruir una frontera es sustituirla por otra, nuestro buen rey Enrique IV, para mejor superar la brecha entre protestantes y católicos, instituyó un cuerpo de geómetras del Estado para fijar el mapa y los límites del reino. De la misma manera, París conoció, en ocho siglos, seis murallas sucesivas —de la de Felipe Augusto hasta el bulevar periférico— y tan pronto como una muralla era derribada otra era construida. La periferia desaparecerá en cuanto que último anillo mágico, pero el Gran París de mañana encontrará a su vez, para qué dudarlo, otro intramuros[15] (mejorará la calidad de vida y la gente acudirá más dispuesta que a Los Ángeles o a Tokio).

La frontera sobrevive a sus metamorfosis. Invencible porque da que pensar, por el hecho de que toda ordenación simbólica de un caos o una mezcolanza pasa, cada vez, y en cada dominio, por un juego de oposiciones: yin/yang, femenino/masculino, caliente/frío, tierra/cielo, pero también clásico/barroco, apolíneo/dionisíaco, izquierda/derecha, etc. Ésa es la razón por la cual, si bien no hay fronteras para siempre, siempre hay una última frontera. Por ejemplo, entre la vida y la muerte, la ley ya no la hace el paro cardíaco —la interrupción de la circulación de fluidos, aire y sangre, dentro del cuerpo—, sino el encefalograma plano. Los progresos de la medicina no han hecho sino desplazar la frontera. Nunca terminaremos con ella porque es inherente a la regla de derecho e incluso cuando adopta la forma fúnebre de la Estigia y del barquero Caronte que conduce a los muertos de un lado del río al otro, la frontera da de qué vivir. El duro deseo de durar la inscribe en el programa de todo aquello que se mueve y respira. ¿Nuestros «sin fronteras» quieren borrar el inconveniente de haber nacido? Si el ser y el límite advienen conjuntamente, y el uno por el otro, ¿su ambición no sería en el fondo una abdicación?, ¿una enfermedad de la riqueza?, ¿el soplo en el corazón de una civilización convertida en la civilización de los museos?, ¿Europa, el enfermo del planeta? Ojalá no sea nada. Sería una pena para esta gruesa bola polícroma,

gozosamente políglota, donde, por suerte, hay que aprender cada día a extraviarse, y donde querríamos poder continuar perdiéndonos.

Notas:

8. N. de los T.: referencia a la leyenda de los reyes taumaturgos. Creencia según la cual los reyes de Francia (también los de Inglaterra) tenían el poder milagroso de curar a los enfermos de escrófula, una enfermedad de la piel, con su mero tacto. En Francia esta creencia duró hasta la Revolución, y Carlos

X

la reinstauró en 1825.

9. N. de los T.: referencia a la tradición revanchista del ultranacionalismo francés relativo a la pérdida del territorio de Alsacia-Lorena después del fracaso en la guerra franco-prusiana de 1871 y el fuerte deseo de recobrar ese territorio durante la Tercera República francesa. Así, el socialista Georges Clemenceau, jefe de gobierno durante la Tercera República, manifestó su intención de priorizar los objetivos relacionados «con la línea azul de los Vosgos».

10. N. de los T.: juego de palabras intraducible al español entre culture, «cultura», y clôture, «valla».

11. N. de los T.: juego intraducible al español con la palabra enceinte que en francés significa tanto «muralla» como «embarazo».

12. N. de los T.: otra vez el mismo juego intraducible al español con la palabra francesa enceinte.

13. N. de los T.: juego intraducible al español con la expresión francesa mise à plat, que lo mismo significa «aplanamiento» como «servir en el plato». De ahí la mención posterior a los «fastos menús mantenidos».

14. N. de los T.: juego intraducible al español con la ambivalencia de la palabra francesa contenance, que en este contexto alude tanto al hecho de «perder capacidad» como al de «perder la compostura» (perdre contenance).

15. N. de los T.: en español en el original.

III

Nidos y nichos, el retorno

Ningún barrio de París se parece a otro. Mi ciudad natal cuenta con ochenta barrios sobre el papel (cuatro por distrito, y de ésos hay veinte), pero ese tejido conjuntivo en patchwork rara vez coincide con nuestra cuadrícula administrativa. Cada uno tiene su estilo, sus grandes hombres en placa o en yeso, su amor propio, su vestuario, acento, dialecto, y todo ese folclore sedimentado por los siglos va más allá de una postal: es una connivencia subcutánea. Hay barrios que estipulan un oficio. Todos confieren un cierto aire de familia. Uno es de Belleville, del Sentier, de la Butte-aux-Cailles, del arrabal Saint-Germain —con un de tan restrictivo como honorífico—. También hay, cada vez más, bordeando esas regiones o en mitad de ellas, no-lugares, como no personas indiferenciadas, refugios utilitarios e incluso indispensables, pero sin rostro ni cualidades: supermercados, aeropuertos, gasolineras, parkings, autovías, estaciones y peajes. Los despistados sacaron de eso el pronóstico de un planeta hub, vasto aeropuerto sin pueblos interconectando Marte y Pandora, con bípedos planeantes que ya no necesitarían posar los pies en parte alguna. Un consumidor teletransportado, una aerovilla de las dimensiones del globo: esta idea del sobrevuelo ha durado mucho, como la economía ingrávida que la acompañaba. Que sea útil poner el mundo en red no significa que podamos habitar esa red como un mundo. Es imposible hacer de un lugar de paso un lugar de residencia, porque no hay personas a las que tengamos enfrente. ¿Cómo posarse sin oponerse? Una comunidad sin un exterior que la reconozca o la invista ya no tendría lugar de ser, como una nación que estuviera sola en el mundo vería desaparecer su himno nacional, su equipo de fútbol o de críquet, y hasta su idioma. Una persona moral o tiene un perímetro o no existe. De lo que se deduce que la «comunidad internacional» no es tal comunidad. Esa petaca zombi no es sino una fórmula hueca, una coartada retórica en manos del directorio occidental que hasta

ahora se ha arrogado el mandato. Otro cantar será el día en que un hombrecillo verde con mil patas y una larga trompa aterrice en los grandes almacenes de Ginza o en la plaza de la Concordia. Ante el alien venido de otra galaxia, la impersonalidad moral que es la Humanidad con H mayúscula podrá entonces entusiasmarse, porque tomará forma y cuerpo, por contraste con un fondo. Cuando el mamífero humano vea con sus propios ojos la extrañeza venida de otro lugar será cuando sepa a qué resistirse, hombro a hombro con todos sus congéneres sin excepción, para salvaguardar la suya propia.

Actualmente, la astrofísica no nos permite nada semejante. A la espera del milagro que sería la fraternidad sin límites frente al extraterrestre, abramos los sellos, rompamos los códigos y las cerraduras, conectémonos, cliquemos, tuiteemos, emaileemos hasta hartarnos, pero no vayamos a creer que una conexión equivale a complicidad. Todo emparentamiento cívico o espiritual necesita de un aparato técnico, pero hay un trecho del «conectivo» al colectivo. Un chisme útil abarca el planeta en un abrir y cerrar de ojos, pero, en un abrir y cerrar de ojos, también se desordena. En tanto que el rasgo cultural no hace ruido pero atraviesa el tiempo. Cuando decide residir en algún lugar, sea en una escritura, en un modo de vida, en un tipo de mesa, se queda ahí. Y su demora le permite demorarse. Caminos, vías de tren, agua, gas, electricidad, teléfono, Internet: indiferentes a los límites comunitarios, a los relieves, a los repliegues, las redes de interconexión entre lugares tienden a hacer de ellos simples lugares de recogida y distribución de mercancías. Dicho esto, lo reticular todavía no ha hecho sonar el toque de difuntos de lo vernáculo. Siempre hay una pelea en curso entre el genio del lugar y la expansión de la red, entre el viticultor y el TGV.[16] En vista de cómo el hipercableado planeta está repleto de bolsas de inadaptados voluntarios, uno se dice que a los rústicos tampoco les va tan mal.

Nuestros telescopios los ignoran. En el imaginario de la NASA el mapa de las lenguas ha desaparecido. Y también lo ha hecho en la gran pantalla de plasma de Googleplex, en la sede central de la empresa, donde parpadean en un mapamundi cientos de millones de clics. No todo lo real es vistoso, y el satélite geoestacionario nos permite ver el globo como un todo, pero fuera de la escala humana.

Fotografiada a 36.000 kilómetros de altura, nuestra naranja azul presenta el mismo aspecto que hace un millón de años y el mismo aspecto que tendrá cuando nuestra especie parásita haya dejado vacío su lugar. Esta geografía inhumana ha borrado nuestra historia. ¡Ya no más dioses, ni valles, ni ideogramas! Esta altura de vistas sin profundidad —la de los estrategas en la sala o en la pantalla— se ciega a sí misma porque desdeña el horizonte interior del bípedo. Esta óptica disuelve el tiempo de los hombres en el espacio de las cosas. Las nubes de ceniza y las emisiones contaminantes se burlan, como los astronautas, de los microestados y los micromedios donde crece la planta humana. Pero veamos cómo la gran escala hace que las pequeñas salgan a flote. Como si la expansión formidable del comercio realzara el atractivo de lo que está fuera de él. Nunca se ha hablado tanto de biodiversidad como desde el triunfo de la uniformidad. ¿No ha propiciado el hot dog la gloria del camembert de Normandía, la autopista la de las rutas de senderismo, la torre de cristal la de las vigas de madera vistas? Efecto cortijo, efecto boomerang. En un primer momento, la red triunfa sobre el emplazamiento, hasta que, en un segundo momento, lo exalta por oposición, y a veces para peor. Ese choque inverso será el castigo del no-lugar, del utopos, del donde-sea caro a los comisarios de la felicidad universal. Nuestros partidarios del socialismo desbocado han evitado el asunto de la frontera, marca de finitud, estigma de la imperfección. De ahí su predilección por las islas o los desiertos sin habitantes, donde los Platón, los Tomás Moro, los Étienne Cabet, los Robert Owen, y tantos otros, han soñado con construir al hombre nuevo. El aislamiento evita la pregunta fatídica. Sin vecinos, solos en el mundo, no hay nada que negociar. «La Internacional será el género humano», eso comienza con un «qué importa que sea aquí o allá», y termina con un «fuera del partido, no hay salvación». Resultado: casas sin alegría, esperando a Kolymá.[17] La World Enterprise, un momento proyectado por el soplido neoliberal, resbala del extranjero a asimilar hacia el inmigrante al que hay que rechazar: en nuestra jungla que dice aspirar a un gobierno mundial, la cámara de vigilancia espía al desviado, la dermis se hace callosidad, y la callosidad armadura. Aquel que hacía de ángel se ha convertido en bestia. El paso lícito es liquidado a favor del paso castigado, Gotha[18] se transforma en un gueto. El «ludión desacoplado» ya no quería la demarcación; porque tiene la segregación. Entre foráneos y

autóctonos. Entre gated communities y barrios de chabolas. Entre estadounidenses y mexicanos. Entre españoles y magrebíes. Entre las gentes de Neuilly y las de Aubervilliers.[19] Ver despuntar los regímenes de apartheid en el centro de la «aldea global» es ver la respuesta, del lado de la opulencia, y, del lado de la miseria, la involución del falansterio[20] a prisión y del internacionalismo proletario a chovinismo rojo.

Contrariedad. Nuestros previsores no habían previsto que el declive de las patrias y de las guerras a la antigua usanza reactivaría de otro modo la necesidad de orgullo y de agrupación colectivos. Las histerias de conversión son numerosas. Y las más señaladas se encuentran en los deportes de competición. El equipo nacional de fútbol es un sustituto digno del ejército de antaño. Sirve de guardia fronterizo para las repúblicas peloteras, ensalzado o denigrado en función de sus resultados. Y, ahí donde la savia no se ha secado, también está la religión. Una vez asolada su residencia en la tierra, la persona desplazada se busca otra en el cielo. En la Hélade, las primeras escuelas de filosofía asimilaban sus adeptos a un barrio, un jardín, un parque; las modernas se han asimilado a una doctrina para compensar la pérdida de ese claro de bosque. Antes de derivar en el platonismo, el linaje de Platón se llamaba la Academia, un barrio de alfareros rodeado de árboles plataneros. Antes del estoicismo, hubo el Pórtico, y antes del epicureísmo, el Jardín. Hemos cortado los plátanos y sustituido el peristilo por límites de papel. Marxismo, personalismo, islamismo, budismo, ecologismo, etc.: la nidificación en un ismo es un paliativo para el desarraigo. Estas casas madre sustituyen a la casa natal. Son las amarguras de la deriva, que llevan en la cesta efectos graves. Los nietos de la diáspora son más intolerantes de lo que lo eran sus abuelos en sus casas, para quienes la religión era como una lengua materna, algo que hablaban pero sin pensar demasiado en ello. Así el posmoderno, que pierde sus referencias al abrazar su tiempo, intenta reencontrarse y fortalecerse remontándose en el tiempo. Es la memoria como readquisición y rescate de un exilio más o menos forzoso, que arroja en las metrópolis esta bomba humana, el desbrujulado hipermnemónico. El fluctuante en peligro que luce su lugar de origen, via pins, broches, velos, franjas rituales, tatuajes y pelos, fronteras exhibicionistas y ambulantes. No porque las religiones siembren a los cuatro vientos, lejos de su redil, significa

que se integren tranquilamente en el panorama. Con gesto grosero, marcan deliberadamente su señalización de desafío (sistema piloso, nicab, tzitzit, moño, cruz, tilaka, etc.).

De la misma manera que, en nuestras conurbaciones, los organismos llenos de humo, plagados de prótesis, exigen como compensación su ración anual de sol y clorofila, los descalzos que son empujados hacia el remolino de las ciudades reclaman oscuramente su derecho al retorno, como el uzbeko o el palestino que se pudre en su campamento de tiendas de campaña y barro. La religión sin la cultura es para ellos un modo barato de volver al pueblo sin tener que desplazarse. Ante la disyuntiva de desconectarse de un mundo de oportunidades alimenticias si se encierra en su etnocosmos natal o bien perder todo su amor propio si abraza el tecnocosmos ambiente, desgarrado entre su carnet de identidad (familiar, de clan, rural) y una hipotética tarjeta azul (permutable e inodora), cada campesino desarraigado, como por un «esquema de activación innato», equilibra su apertura física al vasto mundo por un repliegue psíquico en lo ancestral. Para no convertirse en un cualquiera, que equivale a decir convertirse en nadie.

Guardémonos de vituperar el efecto recesivo, de las condiciones materiales y de la esperanza de vida, en el plano de las costumbres y las mentalidades. Cierto, tiene sus desvíos y abusos, pero ese recurso a las tradiciones reinventadas es, sin duda, un reflejo de autodefensa. Nosotros mismos, occidentales industrializados, los obesos de la familia, no escapamos a él. En casa de los instalados de antiguo, lo prefabricado en hormigón y el tele-lo-que-sea provocan también un apetito de lo bio, de naturopatía y de brócolis hervidos. De árboles genealógicos y de artes primeras. Es como si existiera una sabiduría del cuerpo que incluye lo social, como si esa necesidad de pertenencia tuviera su propio termostato escondido. Cuando uno ya no sabe quién es, está a malas con todo el mundo —empezando por uno mismo—. También, a cada paso que damos en el futuro, la apetencia de reencontrarnos con la abuela, o lo que creemos que ella fue, se eleva un peldaño. Dos pasos hacia delante, y un paso hacia atrás. Curioso viaje de ida y vuelta donde no siempre hay, en todo momento y en todas partes, motivo para la risa cuando vemos en los shopping malls del Golfo fantasmas en

burka hacer sus compras de portátiles último grito, mientras que naciones jóvenes, regresando al estado tribal, se dotan de armas químicas y nucleares.

Notas:

16. N. de los T.: TGV, tren de alta velocidad francés.

17. N. de los T.: región histórica del noreste de Rusia, que debe su nombre al río Kolymá, situada en el extremo oriental de Rusia y que a menudo se confunde con Siberia.

18. N. de los T.: ciudad del estado federal de Turingia (Alemania). Fue un rico enclave comercial desde la Edad Media y lugar de origen de gobernantes de las casas reales de Inglaterra, Bélgica, Portugal y Bulgaria. A partir del siglo XVII fue un centro de la cultura, las artes y las ciencias alemanas. En el siglo XIX se convirtió en un núcleo industrial y de negocios. En esa ciudad fue fundado, en 1875, el Partido Socialdemócrata Alemán.

19. N. de los T.: Neuilly-sur-Seine, ciudad acomodada del aérea metropolitana de París. Aubervilliers, suburbio de París cercano a Saint-Denis que registra la mayor densidad de inmigrantes magrebíes y subsaharianos de la región.

20. N. de los T.: nombre dado por el socialista utópico Charles Fourier a las comunidades ideales sobre las que teorizó, donde cada cual trabajaría según sus pasiones y gustos y sería abolido el concepto de propiedad.

IV

Cierres y portales, el ascenso

En definitiva, ¿para qué sirve la frontera? Para formar un bloque. Y para ello levanta el morro. La muralla exalta lo que se arrastra y lo cubre de invisibilidad. Todo recinto se convierte en un «aparato amasador». Pagoda de cinco plantas o torreón del viejo Japón; campanario o espadaña en la Francia del centeno y del trigo. Esta constante ascendente, ya que nada demuestra que se haya producido una ruptura que transforme radicalmente las fuerzas profundas a las que obedece el reagrupamiento humano, se comprende a la luz de lo que llamo el axioma (que no el teorema) de lo incompleto. «Ningún conjunto puede cerrarse gracias únicamente a los elementos de ese mismo conjunto». ¿Por qué será entonces que cada vez que un burgo informe se transforma en ciudad, o un semillero de ciudades en nación, se eleva desde un espacio plano y delimitado un semáforo como si fuera un cayado —obelisco, aguja, columna, efigies, estatua de la Libertad, torre Eiffel o montaña sagrada—? Como vuestro monte Fuji en el horizonte del lago Tanuki: emocionante cono, antidepresivo nacional, punto de unión entre el cielo y la tierra, físicamente protegido y sacralizado (acabo de enterarme de que la ascensión al monte Fuji estuvo durante mucho tiempo prohibida a las mujeres).

El supuesto combate entre lo cerrado y lo abierto, en realidad un tándem tan inseparable como lo caliente y lo frío, la sombra y la luz, lo masculino y lo femenino, la tierra y el cielo, sigue entreteniendo a los espectadores. Este lugar común hace las delicias de las mentes cortas, que prefieren citar a Bergson («moral abierta frente a moral cerrada») en vez de a Duchamp («puerta abierta y cerrada»). Es sencillo, y por eso utilizable, pero lo que es de un único territorio es falso. Así descuidamos lo que se necesita de apertura en lo vertical para cercar un territorio en lo horizontal, lo que hace falta de otra parte para que un aquí cuaje y permanezca.

La aguja proporciona a la catedral su emplazamiento, como la torre cívica al municipio. El hecho (indemostrable sin duda, pero observable en todos los niveles) de que ningún conjunto pueda cerrarse gracias a los propios elementos que lo constituyen conduce a combinar el agua y el fuego. Engancha lo trascendente a lo inmanente y el despegue a lo vallado. Un grupo de pertenencia se forma de verdad en el momento en que se cierra, y se cierra colgándose de un «clavo luminoso» —vuestra diosa Amaterasu, nuestro «Libertad, igualdad, fraternidad», el One Nation Under God de los norteamericanos…—. Para cada agrupación, su clave de bóveda y su plomada. La imposibilidad de un agregado cualquiera para erigirse en comunidad definida sin recurrir a ningún suplemento requiere a bordo las figuras de la santa y del héroe: operación mediante la cual una población se transmuta en un pueblo. El economista, el sociólogo, el demógrafo se ocupan de la primera, científicamente, y en buena hora. Un pueblo, en cambio, es un asunto a la vez más sulfuroso y más inestable: es una cuestión de mitos y de formas. Se necesita una leyenda y un mapa. Ancestros y enemigos. Un pueblo es una población, más unos contornos y unos contadores. Fue cuando la Francia de la Tercera República se ajustó al hexágono color salmón de los mapas de las paredes escolares cuando se lastró con La leyenda de los siglos y Tour de la France par deux enfants.[21] La mísera mitología de la efímera Unión Europea, que la priva de cualquier affectio societatis, proviene en última instancia del hecho de no atreverse a saber y menos aún a pronunciarse sobre dónde empieza y dónde termina. Don Nadie o nación o federación de Estados-nación, quien no reconoce lo que tiene encima no asume lo que tiene fuera. Y tampoco tolera la idea de tener un afuera. Y por eso ignora su adentro. Quien pretende superarse a sí mismo debe empezar por delimitarse. Europa no ha conseguido darse forma: al no encarnarse en nada, ha terminado entregando su alma. Pero no estamos más que en el primer acto: la misa aún no ha terminado. El siglo XXII será verosímilmente mejor.

La frontera tiene esta virtud, que no es solamente estética, de «encantar el camino», sometiendo a tensión un medio más o menos anodino. Nada puede impedir que haya estremecimientos al final del pasillo, una isla de Citera en el horizonte del embarcadero. Ahí donde el camino de carros se adentra en el sotobosque, elmundo vuelve a encantarse. De ahí el «tropismo de los bordes» en todos los

buscadores de oro. El «merodeador de los confines», el agrimensor, el amigo del perro-lobo («lo que ya no es sombra ni todavía presa», como decía Breton) no puede evitar estar conectado a lo maravilloso. Lo familiar a los bordes también lo es del Grial y de los campos magnéticos. Borderline y rostros al viento, los surrealistas abrieron las ventanas de la casa Descartes. Lo que no deja de tener relación, dejando a un lado cualquier clericalismo, con la geopolítica de lo sobrenatural. Las apariciones de la Virgen María tienen lugar a menudo en los límites (últimamente en Medjugorje, en Bosnia-Herzegovina), límites entre Estados o entre confesiones, como en el Líbano. Seamos prosaicos: los hechizos también son hechos. Tomemos nota de las afinidades entre lo iluminado y lo encerrado. Si no fueran tan odiosos los viejos colegios, los orfanatos y los centros correccionales (maltratos y vejaciones de todo tipo), uno estaría tentado de ver con ojo indulgente los calabozos de la novela negra y el olor a humedad de los dormitorios. Julien Gracq, mejor novelista que geógrafo, nos ha recordado de qué «aterida y hosca» reclusión, de qué siniestros internados donde se incubaba antaño al «niño colmado de tristeza» surgieron nuestras suelas de viento y nuestros ceros en conducta para quien «la vida verdadera está ahí fuera». De la misma manera la Bastilla dio alas a un obeso, el marqués de Sade, y el infierno alambrado de los libros prohibidos inspiró orgías desenfrenadas al muy casto conservador de la biblioteca municipal de Orléans, Georges Bataille.

Los amantes fervorosos y los sabios austeros no son los únicos a quienes el cierre empuja hacia lo alto. Estimula igualmente la inteligencia más terrenal, la nuestra. Prueba de ello es que en Francia, como lo exige el espíritu de la época, los exámenes de ingreso en los grandes cuerpos administrativos acaban de ser amputados de sus pruebas escritas de cultura general a favor del inglés hablado y de la contabilidad; todos menos uno, el examen de aduanas. Y a los aduaneros se les otorgan licencias de infiltración en las bandas criminales y de instigación al delito que se les niegan a los simples policías. Es que la patrulla de los confines exige mucha astucia. Y discernimiento. Es en lo ensamblado, en los interfaces, donde encontramos a los más espabilados. Las ciudades fronterizas fermentan la masa más pesada: Tánger, Trieste, Tesalónica, Alejandría, Estambul. Acogedoras para los creadores y los emprendedores. Para los traficantes de drogas y de ideas. Para los

aceleradores del flujo. Perfil del fronterizo: despreciable, gandul avispado, más despierto que los adormecidos del hinterland. Todos tenemos, nosotros los apáticos, una deuda con ellos. ¿Qué sería hoy de la lengua francesa sin los corsarios de ultramar? Lo mismo que con las lenguas pasa con las civilizaciones: estancadas, deben sus rebotes a sus rebordes, a sus cambios de distribución cuando tropiezan con otra, exótica hasta entonces. Resulta que es tan absurdo oponer el centro a la periferia como el sustrato a la superficie: nuestra intimidad se exhibe a través de la epidermis. «Lo cutáneo es el aparato más íntimo: todo repercute en él, y a la inversa», apunta François Dagognet, el más fecundo de los enciclopedistas franceses actuales. Siendo el adentro un afuera asimilado, tanto como el afuera un adentro exasperado, la piel de un individuo pone sus secretos en la vitrina. Escuchemos al dermatólogo: «La piel no es sólo la envoltura del organismo, es también su espejo y su resumen» (Jean-Paul Escande). Nada revela mejor las segundas intenciones de una sociedad que sus vanguardias. Para llegar a lo profundo, alejaos de la capital, tomad el camino de ronda. Cumplí con esta regla en Tierra Santa, y creo no haberme equivocado. Ahí están los verdaderos cristianos, los verdaderos judíos, los verdaderos musulmanes, los que están en la retaguardia, según ellos, no son sino pálidas falsificaciones, porque están demasiado protegidos. Estando más expuestos al riesgo de la perfusión y la confusión, por su proximidad con el hermano-enemigo, los delanteros de cada equipo movilizan sus anticuerpos como un gato saca las garras.

Es tan provechoso pensar en los límites como equivocarse con el limes: cada nueva parcela del saber surge de los márgenes de la precedente, por un ajuste de los lentes sobre las franjas que han quedado borrosas. Ciencias duras o ciencias blandas, es gracias a los intersticios entre ambos que el conocimiento progresa, en sus periferias peligrosas, junturas tan jugosas como mal reputadas. Observa Marcel Mauss:

Cuando una ciencia natural hace progresos no los hace nunca en la dirección de lo concreto, y siempre lo hace en la dirección de lo desconocido. Ahora bien, lo desconocido se encuentra en las

fronteras de las ciencias, ahí donde los profesores «se comen entre ellos», como dice Goethe (digo comen, pero Goethe no es tan educado). Es generalmente en esos dominios mal repartidos donde yacen los problemas urgentes. Por otra parte, esas tierras en barbecho llevan una marca. En las ciencias naturales, tal como existen, encontramos siempre una rúbrica fea. Siempre hay un momento, en la ciencia de ciertos hechos que no han sido aún reducidos a conceptos, esos hechos no estando siquiera organizados orgánicamente, en que plantamos sobre esas masas de hechos el jalón de la ignorancia: «Diversos». Es ahí donde hay que penetrar. Estamos seguros de que es ahí donde hay verdades que encontrar.[22]

No esperéis que un mediólogo contradiga al maestro de Lévi-Strauss. Él mismo ha plantado su tienda en los laterales, y lo «diverso» es su territorio elegido. Explora las zonas intermedias entre la sociología, la historia de las ideas y la historia de las técnicas, que a su vez miran con malos ojos a este apache de las periferias zigzagueando entre las líneas. Al igual que aquel vulgar sociólogo de 1900 que daba codazos entre la historia y la moral, aduaneras de linaje elevado. Un siglo después, interesarse por los materiales de lo espiritual, es relegarse uno mismo a un desdeñable terreno intermedio. Nuestro objetivo es el de hacer de una zona oculta, que hasta ahora ha escapado a la metralla académica, una zona batida, léase celebrada. ¿Cómo? Revolviendo entre las basuras de las ciencias sociales habilitadas, inspeccionando de cerca tanto la forma de la hostia, del báculo pastoral o del lavabo como el automóvil, el pedido a domicilio, la carretera, la bicicleta, el papel, el píxel, etc., todas ellas cosas demasiado insignificantes para las disciplinas altamente reconocidas —teología, sociología, semiología — que adormecen sus letras con la nobleza…

Notas:

21. N. de los T.: célebre novela de Víctor Hugo y manual de lectura escolar obra de la pedagoga Augustine Fouillée, respectivamente.

22. Mauss, M., «Les techniques du corps» [1934], en Sociologie et anthropologie, PUF, París, 1967.

V

La ley de separación

«Hoy en día, ya no hay límites», oímos decir todas las mañanas en los mostradores y en las barras, donde se refugia la mejor filosofía en París. Feuerbach, mentor del gran Marx, reconocería a sus hijos en las tascas. No más límites, es cierto, ante la escalada de remuneraciones y prebendas, frente a las fruslerías de las señoronas sinvergüenzas y las desenvolturas de los presidentes que no saben estar en su sitio. La indecencia de la época no procede de ningún exceso, sino de un déficit de fronteras. Ya no hay límites a porque ya no hay límites entre. Los asuntos públicos y los intereses privados. Entre el ciudadano y el individuo, el nosotros y el mí-yo. Entre el ser y el parecer. Entre la banca y el casino. Entre los telediarios y la publicidad. Entre el Estado y los lobbies. El vestuario y el césped. La habitación y el despacho del jefe de Estado. Y así sucesivamente. Conflictos de interés y amistades peligrosas resultan de una confusión de las esferas. El principio de laicidad llevaba un nombre: la separación. La ley en el foro; lo privado en casa. Se inició en mayo de 1968 con la euforia de un guirigay simpático. Ahora zozobra en un caos de mercantilismo y de exhibicionismo. Es momento de invocar al dios Terminus, de levantar de nuevo los mojones y de volver a pintar las líneas amarillas. Sin lo cual no estaremos muy lejos de ese «fin del mundo» del que hablaba Feuerbach, autor de La esencia del cristianismo —por lo menos de ese mundo de facetas todavía no alisado ni formateado por el imperio de las cifras y de la imagen porque aún había formas que respetar—.

En la actualidad, lo informal no da pie con bola. Porque todo quiere ir a su bola, directamente al grano, sin plazo ni maneras. Se las daba de impulsivo, desacomplejado, pero eso huele a prefabricado. La ausencia de preliminares conduce mal al placer, como la ausencia de procedimientos a la buena justicia. Ya no más guardias

en la entrada de los edificios, ya no más umbrales en las tiendas. Lo que no anuncia sino lo sombrío, el correo electrónico sin fórmulas de cortesía, el sexo sin «bagatelas en la entrada», el McDonald's sin entremeses. La felicidad está en el campo, que así sea, pero no en el territorio indefinido.

Los eminentes sociólogos que han confundido la distinción con la morgue han abierto las compuertas del dinero, que cualquier barrera enoja y que la excepción cultural exaspera. La frontera tiene mala prensa: defiende los contra-poderes. No esperemos que los poderes establecidos, y en posición de fuerza, hagan su promoción. Y tampoco que esos atraviesa-fronteras que son los evasores fiscales, miembros de la jetset, astros del esférico, traficantes de mano de obra, conferenciantes de 50.000 $ estadounidenses, multinacionales adeptas a los precios de transferencia, declaren su amor a aquello que les hace de barrera. En la monotonía de lo acuñable (el dinero siempre es más, o menos, de lo mismo), prospera la aspiración a lo inconmensurable. A lo incomparable. A lo refractario. Para que podamos de nuevo distinguir lo auténtico de lo falso. Ahí reside por cierto el escudo de los humildes, contra lo ultrarrápido, lo inaprensible y lo omnipresente. Son los desposeídos quienes tienen interés en la demarcación franca y neta. Su único activo es su territorio, y la frontera su principal fuente de ingresos (cuanto más pobre es un país, más depende de sus tasas de aduana). La frontera iguala (por poco que sea) las potencias desiguales. Los ricos van donde quieren, volando; los pobres van donde pueden, remando. Aquellos que dominan los stocks (de cabezas nucleares, de oro y de divisas, de saberes y de patentes) pueden jugar con los flujos y volverse aún más ricos. Quienes no tienen nada en stock son los juguetes de los flujos. Lo fuerte es fluido. Lo débil no tiene para sí más que su redil, una religión inexpugnable, un dédalo inocupable, arrozales, montañas, delta. Guerra asimétrica. El depredador odia la muralla; a la presa le encanta. El fuerte domina los aires, lo que de hecho lo conduce a sobrevalorar sus fuerzas. Resistentes, guerrilleros y «terroristas» no tienen ni helicópteros ni drones ni satélites de observación. Su hermano no es el cielo, sino el subsuelo. Están casados con el túnel, la guarida y las galerías subterráneas. ¡Bien jugado, viejo topo!

Deseemos para mañana otro domicilio que no sea la madriguera o

la gruta, pero no nos hagamos ilusiones sobre lo que de balcanización nos trae la globalización. Acerca de lo que la bomba de diáspora libera de energía identitaria aquí y allí. Flujos migratorios, circulación de hombres y mezcla son bienvenidos, pero el traje de arlequín planetario es tanto confrontación como mestizaje. La afluencia de inmigrantes despierta la xenofobia de los países ricos de acogida y, en las congestionadas megalópolis, los exiliados de la miseria cavan sus propias zanjas. En La forma de una ciudad, Julien Cracq recuerda que «el estado de fricción latente y continuo electriza las relaciones». El toqueteo civilizacional provoca eczema. Los integrismos religiosos son las enfermedades de la piel de un mundo global en el que las culturas se toquetean. «Cuando el espacio sin límite se unifica hasta convertirse en zona frontera, entonces el mundo entero se convierte en zona irritable».[23] Y cada choque, un grito de cólera, y cada desacuerdo, una cuestión de honor. Nos golpeamos, nos espiamos, nos ultrajamos, nos encendemos por una palabra de más. El narcisismo de las pequeñas diferencias, exacerbado por la comunicación en tiempo real, engendra paranoias relámpago. Vigilancia del vocabulario, trazado del menor gesto, pleitos entre comunidades —amargo efecto de una globalización aceite y vinagre—. Viejo asunto, dirán algunos. Estrasburgo siempre ha sido más chovinista que París, Jerusalén más judaizante que Tel Aviv, Lahore más integrista que Karachi, y Bombay más hinduista que Delhi. La exposición al borde favorece la urticaria. Nos ilusionamos viendo las civilizaciones como grandiosos charcos que se pliegan desde el centro a la periferia hasta sus tristes confines, decreciendo desde lo más colorado a lo más desteñido. Al contrario que las curvas de nivel: en un melting pot tanto más volcánico cuanto efervescente, las cuencas de cultura se elevan en pira, y algunas en caldera.[24] ¿Está en crisis lo anexo? Es en la juntura de las capas humanas donde la «comunidad internacional» (o aquella que así se denomina) debería posicionar sus cascos azules, sobre todo porque sus escalones escapan al poder central de los Estados. Restringiendo los imperios, sancionando sus guerras idiotas, previniendo el resentimiento de los invadidos y de los deshonrados.

Menudo programa de subversión dentro de la subversión.

El pequeño-burgués se sintió liberado cuando el aire del tiempo

cesó de discernir entre clases, sexos, entre la obra y el producto, entre el rojo y el negro, entre la información y la comunicación, la pasta y lo chic, la escena y la sala, la cosa y su mención. Y el problema nació poco después del embrollo. El otro ha desaparecido, y con él el azote de lo negativo. Narcisismo generalizado. No dudo de que una defensa de la frontera vaya a ser reducida a una apología de la ballesta cuando asoma el arcabuz o de la línea Maginot cuando aparecen los panzers. Se me señalará que Google, el Instituto Pasteur y el grupo de expertos intergubernamentales sobre el cambio climático, sin olvidar, pero por razones muy distintas, los estudios de Hollywood, calculan y establecen modelos más allá del horizonte. ¿No sabe usted, hombre de Dios, que de todas partes nos llueven los «bienes culturales» desmaterializados, sin papel ni celuloide ni cinta magnética? Admitámoslo: la combinación de los cultos del gadget y de Gaia le dan al dogma del sinfronterismo un aire de evidencia, sin el cual no habría conquistado los hearts and minds de los beatos, querubines y pardillos. Si la negra reputación de la frontera circula por todas partes (del tipo: «¡el nacionalismo es la guerra!»), el sinfronterismo humanitario destaca a la hora de blanquear sus crímenes. Mejor aún: ha transformado un confusionismo en mesianismo. Ha disfrazado de revolución una contrarrevolución. Devolvámosle su polémica maldad a golpe de ismos (el justo revés de esos soberanismos, jacobinismos, culturalismos, relativismos y otros cinismos, con los cuales viste de ridículo a los aguafiestas hogareños).

¡Adelante, tontos de capirote! ¿Qué es el sinfronterismo?

— Un economismo. Al abrazar el global marketplace, al «internalizar» la economía de escala y de alcance, al consagrar la libre circulación de capitales y mercancías, aunque supuesta y extrañamente excluya la de las violencias, un aura de buena voluntad y de comunidad de destinos disfraza de fraternidad a una multinacional. Y le da una coz al político atrapado en su gleba por la coerción electoral. Avala la menor cantidad de Estado disimulando su corolario: un extra de mafia; da un lustre de generosidad a la ley del más fuerte; y recubre con un manto de compasión desregularizaciones y privatizaciones. Empujadas por las finanzas ambulantes, la escritura numérica y la universalidad del

bit, nuestras sociedades off shore se chupan los dedos. Sponsors garantizados. Charity business en el top.

— Un tecnicismo. Una herramienta estándar no tiene ni latitud ni longitud. Mi último modelo tendrá una duración de funcionamiento breve, pero podrá encontrarse por todas partes en un santiamén. El unicode standard, susceptible de codificar todas las escrituras (incluso vuestros millares de kanjis), se impone a todos los ordenadores. Esta hybris robótica que quiere dárselas de metacultura mundial, con ayuda de lo numérico y de la fibra óptica, acabará por confundir lo poshumano con el torbellino.

— Un absolutismo. El delincuente no interioriza la noción de límite. El profeta tampoco. Ni el pseudosabio. Estos tres pillos tienen en común que se extralimitan. Son peligrosos porque tienen respuesta a todo y en todas partes creen estar en casa. El misionero con estrella como el inquisidor con turbante y el charlatán de blusa blanca ignoran la sabiduría de las cosas finitas. Lo mismo hacen las religiones universales, que se deslizan por la pendiente hacia el infinito —en vez de remontarla—. El arabista André Miquel no detecta la frontera en el Islam aunque esté en las proximidades del año mil. Se trata de esferas de influencia, no de territorios (frontera natural, pero borrosa, del Sahara; móvil y disputada en España y con Bizancio, pero siempre irritante e ilegítima). Según el derecho coránico, el mundo estaría dividido entre Dar al-Islam (el país del Islam) y Dar al-Harb (el país de la guerra). Entre ambos, una frontera no sería más que un alto. ¿La moneda de lo absoluto? Ningún espíritu laico puede aceptar esta pretensión a la omnipotencia planetaria, sea ésta la de la oumma neomedieval o la del Occidente neomisionero. El primer valor del límite es la limitación de los valores.

— Un imperialismo. El imperio no se diferencia del reino por su masa geográfica, sino porque impone límites a los otros, pero no a sí mismo. La nueva Roma retoma la divisa de la antigua, firmada por Ovidio: «A los otros pueblos les ha sido dado un territorio limitado: la ciudad de Roma y el mundo tienen la misma extensión».[25] La Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) abarca, a pesar de todo, el Cáucaso y Asia Central. Y «Justicia Infinita» fue el nombre inicialmente dado por Washington

al primer acto de su «guerra contra el terrorismo», que terminará descalabrándose. El «deber de injerencia» se ha convertido en el agua de rosas con la que se perfuma el imperio de un Occidente que envejece. No estima que sea ya necesario declarar la guerra para hacerla y se burla del derecho de gentes cuando le conviene, ya que su propio derecho vale para todos, pero las leyes internacionales no valen para él. Todo alógeno es un acólito —o un cliente— en potencia. Y el prepotente se hace la picha un lío urbi et orbi, en un batiburrillo de soldados y mercenarios, guerra preventiva y guerra de legítima defensa, injerencia unilateral y asistencia decidida colectivamente, entre una alianza y una hegemonía. Budapest, Praga, Kabul; Vietnam, Irak, Afganistán otra vez; ayer como hoy, la desgracia de los imperiales, aquello que los arruina, es considerar las fronteras una cualidad insignificante.

Hacen falta buenas, es cierto, para hacer buenos vecinos. Fue una premonición, por parte de de Gaulle, poner en la cabecera de la edición de 1924 de La discordia en el enemigo: «Aquello que siempre perderá a Alemania es el desprecio de los límites trazados por la experiencia humana, la cordura y la ley»— desprecio del que está exento el alemán posheroico de hoy día, dotado de un egoísmo sereno, de trato fácil y bonachón, y que incluso podría devolverle el cumplido al francés, sermoneador crónico. Fue también prudente, por parte de François Mitterand, exigir, con otros, que la línea Óder-Neisse (que separaba Polonia de Alemania) fuera ratificada y estabilizada antes de que se aprobase la reunificación de las dos Alemanias. Hasta que no hay consenso sobre el marco territorial, una democracia es frágil, incluso ilegítima. Es fácil ver que en los lugares del mapamundi donde hay zonas coloreadas de gris en los intersticios y líneas de puntos que se superponen, la voz cantante la llevan las granadas, los explosivos plásticos y los machetes: África Central y el Cuerno de África (Somalia, Eritrea), Cáucaso, Sudeste Asiático (Camboya, Tailandia), Asia Central (Cachemira), Oriente Próximo (Líbano, Kurdistán). El ejemplo mejor cartografiado de las virtudes apaciguadoras de la línea de separación sigue siendo el conflicto israelí-palestino. Israel es un Estado que reclama, con razón, tener unas fronteras seguras y reconocidas, pero que no precisa cuáles. Como dice el israelí Uri Avnery: «¿Cuál es el corazón de la paz? Una frontera. Cuando dos pueblos vecinos firman la paz, antes de cualquier otra cosa definen la frontera entre ambos». Cosa

que el movimiento sionista, nos explica, nunca hizo con claridad, abriendo así la puerta para un interminable picoteo. Ben Gurion asumió un riesgo al no indicar ninguna frontera en la Declaración de Independencia. El riesgo de oír decir un día (por parte de la primera ministra Golda Meir): «Las fronteras están ahí donde hay judíos, no donde hay una línea sobre el mapa». A los colonos les toca pues plantar el hito de la jurisdicción, que avanzará con la carabina y la caravana. O sea, una guerra de cien años.

A esos inconvenientes conocidos, habría que añadir, para ser justos, la intolerancia a la prohibición, que encuentra inadmisible que algo no esté a su disposición (tengo que poder entrar en todas partes, verlo y oírlo todo, disponer de todo, como quiero y cuando quiero), y tedioso el matiz (el Ms. anglosajón se emplea ya tanto para el Miss, señorita, como para el Mrs., señora, una distinción que pronto dejará de prevalecer también en Francia);[26] los anuncios euforizantes que «difuminan» las diferencias entre los ricachones y los que no tienen un céntimo; la manía del less objection program, de la tontería rechinante y comunicante, y de los proyectos políticos similares a la comida de los aviones; la poca altura que exige la mercancía, góndola de supermercado y self-service (cada bote de lejía tiene que estar al alcance de la mano); la exigencia de actuaciones mensurables y rentables, que detestan los «tiempos muertos». El dolor mismo, en nuestras sociedades tarifadas y cronometradas, ya no nos acompaña, sino que representa un desorden. Un rito de paso no se expedita deprisa y corriendo. El cortejo fúnebre, aquel que seguían a pie los vecinos del barrio, aquel que ya no se atreve siquiera a atravesar nuestros cementerios para no hacerle perder el tiempo a la familia, la procesión, el cortejo, el desfile, son otras tantas formalidades que el time-is-money elimina sin frases. Toda entronización, boda o Bar Mitzvah, ceremonia de naturalización en el ayuntamiento, juramento en el colegio de abogados, entrega de credenciales, defensa de tesis en la universidad, todo eso se «dilata en el tiempo». En Asia tenéis la sabiduría de atemperar los nanosegundos con lentitudes calculadas, digamos el Shinkansen[27] de gran velocidad con la ceremonia del té, el flash con el noh.[28] Esos cambios de velocidad y de ritmo, esa «alternancia de esperas largas y de deflagraciones» que sellan el tiempo japonés, como los torneos de sumo o de artes marciales, lo mismo que el pueblo escondido bajo las autopistas colgantes sella

vuestro uso del espacio, merecerían, creo, un minuto de atención por parte de nuestros hocicos febriles. Existen países-empresa donde, por un americanismo mal entendido, la reacción ocupa el lugar de la acción y donde la sed de modernización quiere dar caza al menor de los ceremoniales como si fuera un despilfarro. Confundiendo el decoro y lo decorativo, el auditor recortará en los gastos de protocolo tanto como en las partidas presupuestarias destinadas a la cultura. Prefiere recortar el tren de vida del Estado antes que el suyo, cuando nada confiere mayor dignidad a la potencia pública que la humildad de las personas que se encuentran en situación de privación y son provisionalmente sus depositarios.

Puesto que hay que intentar vivir, volvamos a hacer la guerrilla. Ante la apisonadora de la convergencia —con sus consensos, acuerdos y compromisos— reanimemos nuestras últimas fuerzas de divergencia —con sus oblicuidades e indecoros, dialectos y traductores, bailes y dioses, vinos y vicios—. Todas las culturas tienen que aprender a hacer oídos sordos, a refugiarse detrás de una actitud de reserva, incluso una negativa a comprender. Fernand Braudel ha levantado acta de esa peculiaridad en su Gramática de las civilizaciones. Por muy permeables y acogedoras que éstas sean, por muy alimentadas que estén por las caravanas y los puertos, por dubitativas y lentas que sean sus aduanas, todas tienen sus mecanismos para filtrar y para conceder visados (Bizancio cerrándose al mundo latino, Italia a la Reforma, el mundo anglosajón al marxismo obrero, etc.).

Una civilización es generalmente reacia a adoptar un bien cultural que ponga en cuestión una de sus estructuras profundas. Esas negativas a tomar algo en préstamo, esas negativas secretas, conducen siempre al corazón de una civilización. A primera vista, cada civilización se parece a una estación de mercancías que no para de recibir y de expedir equipajes heteróclitos. Sin embargo, al ser solicitada, puede rechazar con testarudez tal o cual aporte exterior.[29]

Alternar préstamos y rechazos requiere ciertamente una destreza de

médico. Toda frontera, como el medicamento, es remedio y veneno. Y por ello cuestión de dosis. Ojalá nuestros encargados de gestionarlas, inclinados a las comedias de proximidad y a las falsas apariencias de las paredes de cristal, puedan hacer al menos de honrados farmacéuticos, si la encarnación europea depende de una química que los sobrepasa.

Imaginemos una pesadilla. ¿Ya no más trazos de tinta violeta en el catastro del ayuntamiento? La guerra de todos contra todos en el pueblo. ¿Entre la escuela y la tele? El analfabetismo generalizado (¿si la escuela está en todas las pantallas, para qué ponerla en parte alguna?) ¿Entre el intramuros[30] y lo suburbano? El deslizamiento de la ciudad a la aglomeración. ¿Entre edades —infancia, adolescencia, madurez—? El mejillón amorfo pegado a su cáscara, el adolescente treintañero viviendo en casa de su mamá. Canción dulce al principio, el pensamiento kitsch —al que le gustaría suprimir todo lo que el jardín tiene de espinoso— acaba transformando a éste en un desierto. Mi país empieza a estar harto, y vemos renacer, aunque nuestras políticas quieran hacernos vivir en la economía, la aspiración de marcar con piedras blancas las etapas de una formación, de redibujar el juego de la oca para que cada casilla sea una iniciación, desde la entrada en el colegio hasta el final de la vida. De marcar la monotonía de los días, de reinventar los ritos de paso. Vosotros japoneses celebráis los equinoccios, otoño y primavera, que son vuestros días festivos. Sabéis poner en escena la glicina y la azalea, al niño y al viejo, la carpa y el bambú. Y ayer vi la primera flor del primer cerezo abrir vuestro telediario. En Francia no tenemos ese orgullo modesto. Hacéis hincapié en los umbrales: nosotros los borramos. Ignorando que, en un río tranquilo, hay algo aún más molesto que una esclusa, y es la ausencia de esclusa.

Por lo demás, ahí donde la autolimitación ya no va de suyo (abramos el diario) es donde las pequeñas soberanías en peligro cargan las tintas para poder, en un espacio económico homogeneizado, rehacer un nosotros, cueste lo que cueste. La globalización misma provoca la construcción de muros electrificados y videovigilados —contra amenazas sentidas como neurálgicas debido a su naturaleza imperceptible, infra- o transnacionales. Para desbaratar el apartheid y la ruptura no solicitemos trabajos de costura. La diversidad humana no se

obtendrá poniendo en el cesto carnets de identidad, sino procurándole un pasaporte a cada uno.

Las fronteras están aún a la espera de tener su comité ético. Sólo deberían ser admisibles las honradas: bien a la vista, declaradas y de doble sentido, que testimonian que el otro existe de veras a ojos de cada una de las partes. Buenas —porque las hay muy malas— serán llamadas aquellas que permitan el viaje de ida y vuelta, la mejor manera de seguir siendo uno mismo entreabierto. Un país, como un individuo, puede morir de dos maneras: asfixiado o por las corrientes de aire. Tapiado o agrietado. Conviene alternar en busca del buen ritmo —del griego rhythmus, raíz rêin, fluir, hundirse, noción geográfica que indica un ordenamiento de partes en el espacio, en una palabra, una forma, y sólo después una partición del tiempo—. Nada para el tono como darse en el exterior puertas giratorias como las de Duchamp. Guardiana del carácter propio, remedio para el ensimismamiento, escuela de modestia, afrodisíaco ligero, invitación a soñar, una frontera reconocida es la mejor vacuna posible contra la epidemia de los muros. Contraponiendo la identidad-relación a la identidad-raíz, negándose a elegir entre lo evaporado y lo enquistado, lejos de lo común que disuelve y de lo chovinista que osifica, el anti-muro del que hablo es mejor que un desafío a viajar: llama a dividir el mundo. Cuando negamos la partición, ¿no es al reparto a lo que nos estamos negando? Aimé Césaire estimaba que uno puede perderse «por segregación amurallada en lo particular y por disolución en lo universal». De esos dos suicidios, el segundo es hoy en día el más tentador, y el mejor remunerado. Todo está hecho para convencernos de que nos rindamos al mainstream, de que entremos en vereda, de que imitemos lo successful. Y sin embargo no es por haber sido menos japoneses por lo que habéis ganado mayores cuotas de mercado. Nosotros, europeos, saldríamos ganando si nos acordáramos de Heráclito cuando enseña cómo disparar una flecha: aplicando sobre la cuerda y el arco fuerzas opuestas. Cuando todo empuja a lo global, tirar hacia lo local es lograr un equilibrio. La película de autor contra el blockbuster, lo crudo y lo cerrado contra la cepa, Brassens contra el heavy metal. La abolición de las fronteras entre géneros —por ejemplo, «entre el documental y el entretenimiento»—, como presumen en France Télévisions, no entroniza el híbrido, sino la garlopa de los índices de audiencia, que

no entran en detalles y son proclives a las tonterías. Fin del estilo y triunfo del producto medio para el espectador medio. Es la servidumbre a la estadística. Un efecto dominó que, en el letargo final, nos ofrecerá en mil pantallas y simultáneamente lengua única, moral única, sabor único, un solo tipo de manzana… una Miss Mundo para todos. ¿Y por qué no al final el presidente global de un país global? Si no hay nada peor para una cultura que estar sola, se puede también languidecer desde el momento en que aceptamos confundirnos. El ciberciudadano no volverá a hallar su fecundidad sin antes haber vuelto a encontrar, de alguna forma, el imaginario, el interés, la conmoción de la frontera. Aquella que nos estremece como cuando en el teatro se alza el telón, la que no cruzamos sin un pequeño vuelco del corazón, bajo la mirada engañosamente distraída del aduanero. Aquella que toda búsqueda espiritual debe atravesar, sin la cual no hay educación sentimental. Aquella que autoriza a una justa (y por tanto limitada) autoestima. Aquella cuya punzada conjura en nosotros la arterioesclerosis, la indiferencia del «en todas partes hay lo mismo, así que para qué ir a otros lugares». La frontera, ese tonificante, nos infunde el deseo de desarraigarnos, hace retroceder el hastío terminal. De su salvaguarda depende la supervivencia no de los «ciudadanos del mundo», cliché vanidoso y que no compromete a nada, sino de los ciudadanos de varios mundos simultáneos (dos o tres, lo que no es poco) y que se convierten, por eso mismo, en esos fecundos andróginos que son los hombres-frontera.

¿Puedo deciros, in fine, vagabundo como soy —y uno casi profesional—, lo que me hubiera gustado susurrarles al oído a mis compatriotas francocéntricos, si aún tuviera el valor de arrojar piedras al estanque?

Vosotros que habéis soñado, niños enamorados de mapas y estampas, con ríos de azur y montañas de bistre, vosotros que amáis los barcos ebrios y los soles marinos, porque «siempre es más allá de las fronteras donde se encuentran las minas de oro»[31] y que el relámpago verdadero está más allá del río; vosotros que teméis aún más lo insípido que las comidas picantes, que preferís el sacrilegio al pasotismo y que os preguntáis cómo seguir siendo negros;

vosotros que sois más felices estando en antes que sobre Clochemerle,[32] Lyon o París, estando en un país y no en «una zona»;[33] vosotros, maestros de escuela, que no desesperáis porque en el futuro vaya a celebrarse una jornada de la falda,[34] y vosotros, estudiantes de Villetaneuse, de Nanterre o del Mirail, que soñáis con campus con puertas de entrada, con universidades que, sin ser claustros, no sean tampoco no man's lands entre dos zonas de aparcamiento (y por ese motivo rodeadas de rejas, barrotes y guardias de seguridad), sino quizás a imagen de la mejor universidad pública de Japón, el Akamon, la «puerta roja»; vosotros, que lamentáis que en los trenes haya compartimentos de fumadores y de no-fumadores y que no sentís la necesidad, en el metro o en el ferrocarril, de saberlo todo sobre la vida sexual de la mujer que se sienta a vuestro lado, con el portátil pegado a la oreja, mientras le explica, a voz en grito y con amplios detalles, a su amiga que Paulo, que ya de entrada no tenía un buen polvo, es además un guarro, etc.; vosotros, a quienes os gustaría que se os indicara claramente dónde empieza y dónde termina el área comercial, para no confundir el centro de la ciudad con una gran superficie, lógica de mercado y servicio público, codicia y devoción; vosotros, laicos, que no deseáis que el Padre Eterno fuerce todas las puertas aquí abajo; vosotros, los rehenes del ruido, que soñáis con polos de silencio, con zonas de sonrisas, como hay calles peatonales; vosotros, agotados por las obscenidades, que soñáis, al margen de las arenas del destripamiento, con cuencas de buenos modales como había, antaño, cuencas de empleo; pedid a vuestros ministros, diputados y senadores, guardafronteras negligentes, pero tan prolijos al hablar de derechos humanos, que añadan a su catálogo el derecho a la frontera, para prevenir los descensos mortales —todo vale, todos se valen de ello, y por eso nada vale—. ¿Un derecho? No, el deber de la frontera, y una urgencia.

¿Es necesario, queridos amigos, que exprese mi gratitud para con la casa francojaponesa, que ha tenido la bondad de invitarme? Esta institución tiene la suerte de ser japonesa y de pleno derecho. Perdonadme por haberme aprovechado de ello. Teniendo en cuenta lo que me queda de reputación, me hubiera guardado mucho de sostener, en París, ante un público francés, propósitos tan

malsonantes. Sin la certidumbre de haber sido bien entendido, no hubiera incurrido en semejante inconsciencia.

Gracias por vuestra hospitalidad. No tiene precio. Lo inestimable es la marca de todo lo que aún conserva algún valor en el todo-a-un-euro universal.

Notas:

23. Innerarity, D., La transformación de la política, Península, Barcelona, 2002.

24. N. de los T.: en español en el original.

25. Ovidio, Fastos, II, 683-684;«Gentibus est aliis tellus data limite certo: Romanae spatium est Urbis et orbis idem».

26. N. de los T.: Mademoiselle y Madame, respectivamente, en francés.

27. N. de los T.: red ferroviaria de alta velocidad del Japón.

28. N. de los T.: forma de drama lírico japonés caracterizado por el uso distintivo de máscaras, su austeridad y su lentitud.

29. Braudel, F., Grammaire des civilisations, Arthaud, París, 1987.

30. N. de los T.: en castellano en el original.

31. N. de los T.: la frase pertenece al escritor Jean Giono.

32. N. de los T.: pueblo ficticio en el que transcurre la novela homónima de Gabriel Chevallier.

33. N. de los T.: juego semántico a partir del uso de las preposiciones dans y sur en el original francés. Intraducible al español porque en esta lengua se emplea la preposición «en» en ambos casos.

34. N. de los T.: polémica sobre la indumentaria de las mujeres en el trabajo, que en Francia involucró a elementos de la sociedad civil, medios de comunicación y políticos. Incluso se hizo una película sobre este tema: La journée de la jupe (2008), protagonizada por Isabelle Adjani. La intención de la jornada es reivindicar, a través de esta prenda de vestir, la feminidad y censurar las actitudes machistas. La intención de Debray al mencionar esta jornada parece ser irónica.